

## *Herencia inalienable y fecundante*<sup>1</sup>

Horacio CERUTTI GULDBERG<sup>2</sup>

Más que a hablar el exilio enseña a callar y a apreciar los silencios elocuentes; que los hay. Y, metidos en estos menesteres, el primer silencio elocuente (debemos aceptarlo con modestia si queremos practicar mínimamente una de las virtudes que en el exilio se aprehende quierase o no: la prudencia) se refiere al exilio mismo. Es que el exilio se esconde, se hace escurridizo, se escabulle y finge comedimiento. Demasiado bien aprehende el exiliado la importancia que tiene a veces pasar inadvertido, ser uno del montón, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni... ni...; cualquier característica distintiva (y todas lo son) podrá ser usada en su contra: modo inocultablemente diverso de hablar, de caminar, de vestir, de moverse, de bailar, de reír, etc. Y, por supuesto, en otros momentos ¿quién no desearía tener más influencias, ser más público, más reconocido para alcanzar aunque fuere ese mínimo de intocabilidad, de inmunidad que proporciona cierto prestigio? ¿Cuántas veces no se ha visto tentado el exiliado a espetar a boca de jarro a algún burócrata insensible (¿acaso alguno no lo es?), la frase enternecedora por grotesca: ¿No sabe usted con quién está hablando? Este escabullirse, típico del exiliado con cara de “yo no fui” o de turista permanente (sin ninguno de los beneficios turísticos) frente a cualquier acechanza real o imaginaria, es compartido por el exilio como tema. En general, salvo el monocorde discurso del lamento, de la queja, del testimonio, el exiliado rehuye hablar del exilio. Eso queda para las

---

<sup>1</sup> Conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid en el homenaje con motivo del Centenario del nacimiento de José Gaos, 19 de diciembre de 2000.

<sup>2</sup> Catedrático de la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente de año sabático como Investigador Invitado en el Departamento de Historia de la Ciencia del Instituto de Historia del CSIC.

grandes ocasiones: recepción de un premio, aniversario de lo que fuere, borrachera íntima, otras experiencias límites (muerte de seres queridos, bodas, nacimientos, devaluaciones, etcétera)<sup>3</sup>. Me he permitido reproducir aquí estas palabras, con las que iniciaba hace unos años el único texto que he podido dedicar expresamente al tema del exilio –redactado por encargo y con inmenso esfuerzo–, porque considero que brindan de modo conciso y de la mejor manera que he podido expresarlo las razones por las cuales no quiero hablar del exilio, sino de la capacidad y el modo de hacerlo fecundante en sus dimensiones intelectuales y humanas. El exilio es el telón de fondo, pero lo que importa es la obra en sí; no tanto las intenciones –que de ellas están sembrados los caminos a múltiples paraísos apenas ilusorios–, sino sus resultados efectivos.

La herencia cultural –en este caso filosófica– no es equiparable a aquella que cae bajo la regimentación jurídica de la propiedad privada<sup>4</sup>. No está constituida por bienes a poseer y, acaso, disfrutar en solitario. La forman potencialidades fecundantes de nuevas meditaciones, reflexiones y argumentaciones teóricas y ejercicios de la inteligencia, las cuales dependen, para la actualización plenificante de su virtualidad, de recepciones creativas. Para captar el alcance de estas potencialidades es menester remitirse al sentido etimológico primigenio que alude a un estar adherido, el cual puede ser voluntariamente asumido. Por este camino, se constituyen en inalienables y compartibles en “círculo de generosidades”.

La herencia cultural es, sobre todo, patrimonio del ingenio, en esas generosidades recíprocas, que no admiten necesariamente reversibilidad. Y esta manera de colocarse frente a la tradición en la que uno se encuentra –no siempre por decisión propia, aunque sea perfectamente asumible– se advierte como síntoma de una prueba de fuego difícil de absolver. Aunque se intente poseer la herencia de la tradición cual un bien privatizable –para el supuesto

<sup>3</sup> “Entre la memoria y la nostalgia. Reivindicación del exilio para coterráneos” en: *Archipiélago*. México, año 2, septiembre-octubre 1996, nº 8, p. 4.

<sup>4</sup> El Diccionario de la Academia ya es sugerente en los sentidos que acoge del término. Pero, más lo es para estos fines, la sensibilidad etimológica de Joan Corominas quien señala que herencia está “tomado del lat. *haerentia* ‘cosas vinculadas’, ‘pertenencias’, neutro plural de *haerens*, participio activo de *haerere* ‘estar adherido’; en castellano sufrió el influjo semántico de *heredad*, *heredero* y su familia, tomando el significado de ‘bienes y derechos que se heredan’” y todavía explica, más adelante, “Está claro lo que sucedió. Tomado del bajo latín notarial el vocablo *haerentia* ‘pertenencias, terrenos vinculados’, al penetrar en el uso romance por las escrituras jurídicas y comerciales escritas en vulgar, quedó aislado de su raíz latina *haerere*, que no existía en castellano, y fue inmediatamente relacionado con *heredad*, *heredar* y *heredero*, aplicándose a las tierras que se heredaban, y finalmente al propio derecho de heredar”.

bienestar exclusivo y hasta excluyente de individuo o grupo privilegiado— el efecto *boomerang* —que le es intrínseco— revela lo espurio e inmaduro de tal proceder; lo esterilizante, en suma, de modalidades ambiciosas por acuñar *la* interpretación canónica única respetable, filosóficamente pasteurizada y, qué duda cabe, con ambiciones inocultablemente hegemónicas y excluyentes. Es el caso de resistirse con fiereza a esta tentación, so pena de verse obligado a cargar con una orfandad desvitalizada frente a quien se reconoce seguro de una estirpe honrosa a la cual se viene a añadir un granito de arena, que quizá pese algo por aquello de los enanos en hombros de gigantes... Claramente es dable distinguir entre herencia biológica que determina, económica que se posee e intelectual, la cual abre más y más posibilidades en vez de aherrojar en ningún sentido. Brinda fuerzas, energía, seguridad al no permitirse sentir vergüenza de sí mismo. Que ya destacaron, y muy bien, el mexicano Alfonso Reyes y su hermano mayor dominicano Pedro Henríquez Ureña, que cosmopolitismo no es desarraigo. A la razón le cuesta distanciarse de la inercia acumulativa que tiende a concebir los bienes culturales como caudales. Por ello requiere la rectificación proporcionada por la inteligencia. Porque de esto se trata aquí, de ejercicios de la inteligencia, como nos han re-enseñado, en dos libros recientes y complementarios *de facto*, a pesar de diferencias generacionales notables de sus autores, el maestro uruguayo Arturo Ardao y el español Francisco José Martín<sup>5</sup>.

En estos más que merecidos homenajes debe uno cuidarse del subterfugio tan común de hablar de sí, haciendo como que se habla de quien nos convoca al homenaje. Y es sumamente fácil atravesar la frontera y deslizarse sutilmente de un dominio al otro. Sin embargo, hay que arrostrar el riesgo, sumamente gozable, cuando es logrado el objetivo de exhibir aquello común en que se participa. ¿No reconocía hasta el límite de la honestidad intelectual y personal nuestro homenajeado que no podía determinar a ciencia cierta qué era lo por él independientemente pensado y lo retomado de su maestro por antonomasia Ortega y Gasset?. Sin que olvidara, por lo demás, lo que debía a García Morente y a Zubiri. Establecer, entonces, hasta donde sea dable hacerlo lo que aporta cada uno y aceptar exhibiéndolo aquello que forma aquí y ahora una masa común indiscernible a homenajeado y homenajeante, permite rendir honor a quien honor merece, mostrando en carne viva la fecundidad teórica de sus desvelos hasta donde pueden establecerse como compartibles.

---

<sup>5</sup> Arturo Ardao, *Lógica de la razón y lógica de la inteligencia*. Montevideo, Biblioteca de Marcha y Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La República, 2000, 143 págs. y Francisco José Martín, *La tradición velada. Ortega y el pensamiento humanista*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, 415 págs.

Después de haber despachado al portero, el Rector cerró con llave las puertas de la Universidad, se las echó al bolsillo y se fue caminando por la calle donde se escuchaban ya los sonos de los tambores que anunciaban la llegada de las tropas nacionalistas. No dejaría el Caudillo de exigir a sus hombres: –¡Tráiganme a ese rectorcito!. Por suerte para él y para nosotros no lo lograron. José Gaos se convertiría en exiliado para el resto de su vida<sup>6</sup>.

Y es que el exilio, no destierro sino “transtierro”, como él mismo se empeñaría en aclarar para no magnificar lo ya de por sí casi inconmensurable, le brindaría la oportunidad de desarrollar lo mejor de su obra; la parte más importante de su quehacer intelectual y magisterial<sup>7</sup>. Él supo aprovechar esta oportunidad al máximo y, con modestia y continuidad ejemplares, apoyó, aunque no lo había iniciado, un aventurado programa intelectual con entusiasmo, rigor y paciencia incansables. El modo de hacerlo fue tan decisivo, que es posible hablar de una inflexión cualitativa en ese programa debido a su intervención, la cual ha dejado su nombre asociado al mismo indeleblemente, en tanto figura fundadora y gestora incomparable. Y es que supo afrontar riesgos con tal valentía y finura, como para que sus discípulos y los discípulos de sus discípulos viéramos en él a quien predicó con el ejemplo, arrojando consecuencias de toda índole de manera implacable.

El prestigio y renombre intelectual del que venía precedido cuando llegó a México a finales de los treinta, lo distinguía como uno de los más importantes intelectuales, acogidos a la hospitalidad perfectamente organizada por esa operación “Inteligencia”, orquestada por tres hombres que han dejado huella profunda en la vida pública mexicana y latinoamericana: Lázaro Cárdenas, Alfonso Reyes y Daniel Cossío Villegas<sup>8</sup>.

Ahí se produciría una primera inflexión decisiva en todo lo que vendría a continuación. Porque en lugar de atrincherarse en su saber –y tenía mucho acumulado, por cierto– Gaos decide partir de lo que no sabía. Se puso manos

---

<sup>6</sup> De esta y muchas otras anécdotas me he enterado por la bondad de Vera Yamuni, quien las conserva en su memoria con todo detalle y me ha permitido muchas veces tomar nota de ellas, aunque ahora carezco de los textos para reproducir tal cual esos testimonios invaluablees.

<sup>7</sup> En lo que sigue retomo en parte y reelaboro modificando lo escrito y publicado en mi artículo “José Gaos, impulsor de la filosofía latinoamericana” en: *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*. Barcelona, marzo-abril 1992, n° 130/131, pp. 89-91. La reescritura ha producido, para mi sorpresa, un texto muy diverso, en que se pueden ver las huellas del antecedente sin que esto lleve a identificarlos.

<sup>8</sup> Para los detalles de la preparación, puesta en marcha y logros de esta operación, cuidadosamente planificada y llevada a cabo, es indispensable la lectura del libro de Clara Lida y José Antonio Matesanz, *La Casa de España en México* (Jornadas, 113). México, El Colegio de México, 1988.

a la obra a estudiar las tradiciones culturales hispanoamericanas y fomentó en sus alumnos el estudio de estas realidades. Puesto a la tarea, avanzó más todavía practicando un sano sentido de colegialidad: leyó y criticó a sus nuevos colegas, a sus propios anfitriones sin refugiarse en actitudes olímpicas, sin dedicarse a perorar acerca de cómo debería ser el medio que lo acogía, sin exigir prerrogativa ninguna, sin despreciar el entorno. Tuvo todo a su alcance para haberse mantenido refugiado en un *gettho* nostálgico, sumido en el recuerdo rumiado de su patria filosófica de origen: Europa y, todavía más, Alemania. Podría haberse dedicado a apabullar a sus estudiantes con referencias eruditas a las discusiones y elucubraciones que eran el pan cotidiano en otras partes. Sin embargo, confió en sus fuerzas, en su formación, en la *paideia* que lo había conformado y en la que podía formar y... avanzó. Empuñó los medios que se pusieron a su disposición –importantes, si juzgamos las limitaciones con que se ejerce la actividad intelectual todavía en nuestros días– y lo hizo sin falsos pudores, sin dudas acerca de la respetabilidad académica del estudio abordado. Realizó así, por este camino, su más grande obra de investigador y maestro. Aquella por la que es y será recordado.

La cuestión queda en el aire: ¿por qué actuó de ese modo? ¿Qué hizo para ser valorado? ¿Cómo lo hizo? ¿Por qué? En lo que sigue, intento aportar elementos para sugerir algunas respuestas –seguramente provisionales– a estas preguntas cruciales, que siguen y es deseable que sigan intrigando a los estudiosos de nuestro pensamiento.

Razones aducibles para esta actuación hay muchas. Cabe anotar, entre otras, la formación filosófica recibida en España bajo la impronta gigante de su maestro Ortega. Aun cuando esta formación fuera francamente germanófila (o quizá por eso mismo), reclamaba un ejercicio autónomo de reflexión para salvar las circunstancias, para poner a la intelectualidad del país a la hora de la discusión mundial (léase alemana), para pensar su invertebración desde el tema de nuestro (el de aquel) tiempo, para reivindicar su especificidad cultural e histórica. Pareciera indudable que su concepción de la cultura, la historia y la filosofía lo llevó por este último camino. Consideró necesario pensar la propia realidad, la realidad circundante para acceder, por esa vía, a lo propio del hombre y de la realidad como tales, rebasando lo circunstancial que proporcionaría sólo el punto de partida. Además, fue maestro por sobre todas las cosas, según testimonios abrumadores. No pudo permanecer ajeno a las inquietudes de sus estudiantes y los acompañó con calidez y disciplina. Se reveló como un investigador inquieto, acucioso. Se dejó llevar por su curiosidad a la indagación de lo que decían viejos y descuidados papeles

rebuscados a su alrededor, para localizar el germen de un pensamiento el cual, gracias a su ingenio, fue mostrando mejor su perfil.

Pero, hay más. Algunas pistas decisivas para aproximarse a las respuestas que buscamos afanosamente, se encuentran en las conocidas páginas que dedicó a la evaluación de obras coetáneas de Samuel Ramos, su colega en la Facultad de Filosofía y Letras desde los primeros años de su arribo a México. El 15 de junio de 1939 publicó en *Letras de México* un trabajo firmado en mayo del mismo año, “El perfil del hombre y la cultura en México”, cuyo título alude al del clásico libro de Ramos, en la segunda edición aumentada de 1938 (la primera corresponde a 1934). Meditando estos fragmentos dedicados a comentar el quehacer filosófico de su colega mexicano, se advierten *in nuce* las propuestas metodológicas que Gaos posteriormente impulsaría en su propia labor historiográfica y que inculcaría en sus discípulos. Al considerar la parte más cultural y menos psicológica de la obra de Ramos, señaló lo que sigue en palabras muy poco releídas, las cuales conviene, por eso mismo, recordar *in extenso*:

Estos conceptos de “cultura derivada” y “cultura criolla”, “imitación” y “asimilación de la cultura”, “presencia” histórica, con aquellos que los especifican y completan con el general de “cultura”, componen el órgano lógico utilizado y necesario para la aprehensión *sui generis* que es una cultura como la mexicana. Ahora bien, estos conceptos son en el libro de Ramos objeto de manejo y empleo, pero no de análisis y definición acabada de cada uno, ni de sistematización entre sí de todos, es decir, de elaboración expresa. Esto no significa, desde luego, un defecto. Es probable que represente un acierto, por el contrario. Más bien que aplicar a una realidad histórica nueva, como es la de la cultura mexicana, un sistema previo de categorías, con el riesgo muy alto de hacer uso de un instrumento inadecuado, por oriundo de las realidades históricas más antiguas, clásicas ya, Ramos va empleando los conceptos que en buena parte le sugiere con una peculiar espontaneidad, y como más propios, la realidad nueva a la que se ha enfrentado, y estas categorías así surgentes cobran un valor como fenomenológico puro (término que no puede tener aquí el sentido que tiene en Husserl, permítaseme anticiparme en la observación a los avisados).

Como se ha podido apreciar, valoró altamente Gaos el esfuerzo por intentar categorizar a partir de sí misma una realidad que calificó de *sui generis*. Estimó el esfuerzo por permitir que la propia realidad intentara expresarse, si se me autoriza a decirlo de modo sugerente pero impropio, en la medida en que la intervención creativa del sujeto cognoscente se invisibiliza. Estimuló, entonces, la acuñación de “categorías surgentes”, las cuales permitieran disponer de un arsenal de terminología técnica con eficacia eurística específica.

La vieja consigna hispanoamericana e ibérica: pensar la propia realidad, se incorporó con estas modalidades a la reflexión gaosiana en el programa al que adhirió y que impulsó con toda energía y obstinación<sup>9</sup>.

Propiamente lo que cabría denominar su metódica historiográfica aparece más adelante ya en fermentario (para usar la expresión cara a su admirado maestro uruguayo Carlos Vaz Ferreira), en un comentario del 15 de agosto de 1940, también en *Letras de México*, sobre “El “hacia” de Samuel Ramos; *Hacia un nuevo humanismo*”<sup>10</sup>, titulado así en referencia a otro de los textos clásicos del filósofo mexicano. Allí Gaos tematizó la cuestión de la originalidad y estableció la prioridad de los motivos por los cuales un pensador las adopta, sobre las ideas mismas adoptadas. Advirtió, con delicada y admirable sutileza, que estos motivos y el modo de la adopción modifican las ideas retomadas hasta pasar a constituir el ‘original’ razonamiento del pensador “influenciado”. A partir de este texto la noción misma de “influencia” será sometida, implícita pero implacablemente, a torsiones que la readecuarán a la urdimbre argumentativa matizada y recontextualizada en que es dable aprehender la novedad del pensar surgente. Releamos con atención:

Ramos no ha querido detenerse, enredarse en problemas. Ha ido derecho a la síntesis, a la recreación y la creación. Él mismo presenta su libro como “un resumen de las convicciones filosóficas del autor”. Libro de convicciones –¡por algo no es un libro de problemas! Pero ¿es posible que las convicciones filosóficas de una personalidad de originalidad tan insobornable, tan irreductible por profundamente mexicana y temperamentalmente singular, como Samuel Ramos, sean las ideas de Hartmann o de Scheler? Por mi parte, no lo veo así. Por mi parte pienso que las convicciones filosóficas de un pensador no están constituidas sino a lo sumo inicial, estimulativa, y nunca propiamente, por las ideas ajenas que adopta, sino por los motivos por los cuales las adopta, motivos que no pueden ser a su vez tomados también al prójimo, motivos personales, que, si en un principio posiblemente inconscientes o poco conscientes para el movido por ellos, al trasponerse conscientemente en razones y desarrollarse, constituyen la filosofía original y privativa del pensador. Y así veo que es también en este caso de Ramos.

En este mismo comentario había consignado con anterioridad la impor-

---

<sup>9</sup> Sobre las complejas relaciones tejidas en las tradiciones filosóficas nuestroamericanas entre realidad, historia, crítica, creación y transformación he argumentado en mi último libro, al que me permito remitir a los interesados: *Filosofar desde Nuestra América. Ensayo problematizador de su modus operandi*. México, Miguel Ángel Porrúa, 2000, 202 págs.

<sup>10</sup> Para una aproximación inicial al pensamiento de Vaz Ferreira, cf. José María Romero Baró, *Carlos Vaz Ferreira (1872-1958)*. Madrid, Ediciones del Orto, 1998, 94 págs.

tancia de reorganizar la historia de la filosofía para impulsar<sup>11</sup> a partir de ella la reflexión propia. Así, filosofía e historia de la filosofía aparecen ligadas íntimamente, aunque no confundidas. Y, de conformidad con lo anterior, todavía anotará:

Impone, pues, [Samuel Ramos] una sistematización a la historia de la filosofía actual, o equivalente a un sistema de historia de la filosofía actual, como es posible decir, en fin, sin equívocos, aunque el autor afirme modestamente que [y cita a Ramos] “no pretenden ser estos escritos un tratado de filosofía en el que se expongan sistemáticamente sus problemas. Sólo deben tomarse como una selección de ideas ordenadas de acuerdo con una perspectiva personal”.

Así, el sentido de la historia de la filosofía y, en nuestra tradición, el de la historia de las ideas consiste en un camino hacia el filosofar más propio y, para terminar de aclarar posibles equívocos, en ningún momento ha sido postulado como un quehacer para un solo individuo, sino como tareas a cumplir que pueden, perfectamente, ser ejecutadas por diversos individuos o por equipos. Por supuesto, eso no invalida las opciones personales; que algunos elijan ser historiadores de las ideas y otros filósofos. No dejan de ser por ello, tareas complementarias y así se lo ha percibido en el cuerpo central de la tradición latinoamericanista en filosofía: en la orientación autodenominada historicista, tan arropada y fundamentada por el mismo Gaos.

La elección del ejemplo de Samuel Ramos no ha sido casual. Lo he querido traer a colación, no sólo por el valor intrínseco de las observaciones que Gaos le dedicara, sino por el contexto de ninguneo, desatención y/o apreciación negativa en el que el medio tenía sofocada a su obra hasta recibir el espaldarazo de Gaos. Ramos se atrevió, el primero, a hablar de una filosofía mexicana. Y Gaos, también valientemente, valoró el aporte epistémico de su atrevimiento. Con todo, un examen semejante al aquí apenas bosquejado a propósito de Ramos, está por hacerse con gran cantidad de escritos dispersos y de ocasión (no hay que olvidar, como primorosamente recuerdan Miguel León Portilla y José María Muriá, que “Gaos escribió siempre pensando en un auditorio y no en un “lectorio” –como acostumbraba decir”<sup>12</sup>), dedicados a la labor de sus colegas, amigos y/o discípulos como Vasconcelos, Caso, O’Gorman, Fernández, Zea, Gómez Robledo, Uranga, etc. En ellos fue deslizándose preciosas sugerencias, imposibles de recoger todas aquí en virtud de las limitaciones de tiempo y espacio. Al par, tejó los hilos de la apretada

<sup>11</sup> Y no “eliminar”, como en errata más que evidente quedó asentado en el texto mío que tomo como referencia y que he citado más arriba en nota 7.

<sup>12</sup> “La muerte de Gaos” en: *Anthropos*, ed. cit., p. 43.

trama urdidora de una comunidad reflexiva y amical delimitada por afinidades, diferencias, preocupaciones comunes, diversas perspectivas y enfoques personales a veces hasta idiosincrásicos.

Quiero reiterar que, más que por su pensamiento y por su obra, José Gaos influyó decisivamente por su actitud. Predicó con el ejemplo en dos sentidos fundamentales. Uno, considerando con todo respeto la labor de sus colegas y antecesores mexicanos y latinoamericanos. Hasta el límite de mostrar ese respeto y aprecio en su lectura rigurosa y en su crítica implacable. ¡Que ése es el mejor homenaje que puede hacerse a colegas que uno considera sus respetables interlocutores: brindarles lectura acuciosa y constructivas críticas para sus argumentaciones! Tomarlos, en suma, en serio en sus afanes y considerar la obra de cada uno como parte de la obra común y aporte al acervo público, el cual debe ser amorosamente protegido y recreado entre todos. Dos, propiciando la creatividad en sus discípulos y alumnos. Tutoreando sus avances para que no se convirtieran en meros repetidores de su maestro y sí en productores de nuevos conocimientos a partir de y sobre su entorno cultural, en círculos concéntricos de ocupaciones a las cuales nada de lo humano les podía, ni les debía, ser ajeno.

De este modo, respeto a los nuevos colegas y maestros, junto a ansia, sed de aprehender compartida, constituyeron los dos ejes articuladores de la actitud que le permitió a José Gaos convertirse en gestor e impulsor de la reflexión filosófica nuestroamericanista. Sin reclamar ninguna prerrogativa ni solicitar anticipadas disculpas para el fruto de un filosofar con las mismas exigencias de rigor y calidad que cualquier otro en el mundo y en la historia. Dispuesto a hacer aportes universalizables dignamente.

Parecerá poco esta actitud, viéndola de lejos. Pero, puestos a la tarea, con las manos en la masa, la misma es invaluable. Más allá o más acá de sus libros, merecedores de más y mejores lecturas; de sus clases inigualables, al decir de sus interlocutores, enfatizó Gaos el respeto al propio quehacer, el necesario respaldo del profesor europeo, quien supo hacerse uno más *–primus seguramente inter pares–* con sus colegas y no dudó en arriesgar todo su prestigio académico aconsejando a sus discípulos la realización de investigaciones sobre su propia cultura y sobre sus propias tradiciones. Tomándolas tan en serio como se podían tomar las tareas exegeticas o filológicas en relación con los autores clásicos y consagrados en una historia de la filosofía con pretensiones de mundialidad. Con lo cual la noción misma de mundial reclamaba redefinición. No por tópico rutinario me parece menos iluminador recordar aquí la anécdota sobre el consejo brindado a uno de sus primeros estudiantes y muy apreciado discípulo, Leopoldo Zea, cuando llegó el

momento de decidir el tema de la tesis de maestría de este último. El diálogo se desarrolló como sigue, según el recuerdo del propio maestro mexicano, a quien en muchas ocasiones se lo escuché reiterar, siempre con sentimientos de genuina gratitud:

“¿Sobre qué piensa hacer su tesis?”, preguntó Gaos. “Me interesaría mucho, le dije, hacerla sobre los sofistas griegos”. “Querido Zea, estoy seguro que haría un buen trabajo, pero no aportaría mucho en ese campo. Le falta el conocimiento del griego, además el instrumental y los elementos con los cuales cuentan los estudiosos europeos. Se trata de hacer una tesis, y una tesis implica un aporte al tema tratado. ¿Por qué no toma un tema mexicano, alguna corriente filosófica y su influencia, por ejemplo, el liberalismo o el positivismo? En este campo, por poco que aporte, siempre será un aporte porque hay poco, o nada, sobre estos temas. Además, si sale un buen trabajo, como estoy seguro que saldrá, su carrera en el campo filosófico estará asegurada”<sup>13</sup>.

Se había engendrado así el texto que se conocería después como *El positivismo en México*, ese clásico de la historiografía filosófica latinoamericana del siglo XX. ¿Se logra advertir a cabalidad el riesgo que corrió Gaos con tanta soltura y acierto? Nada menos que frustrar a un discípulo y poner en entredicho su propio prestigio intelectual, cuando se abocaran a la indagación de una temática extranjera al canon establecido por la institucionalidad académica de su tiempo.

Gaos no se arredró ni siquiera cuando, asumida su mexicanidad, tomó posición frente a actitudes políticas y humanas de su maestro Ortega que le parecieron inaceptables. Está allí abierto un tema que exige mayores precisiones y reclama examen pormenorizado con documentos en mano. Pero, no cabe duda que el valiente libro editado recientemente por su discípulo español, José Luis Abellán, en el marco de su extensa labor de rescate del legado de los exilios para el pensamiento actual, permite examinar a nueva luz tanto las actitudes de Ortega como las de aquellos que estuvieron cercanos a su quehacer<sup>14</sup>.

En fin, queda claro así aquello de que todo adopta la forma del recipien-

<sup>13</sup> José Gaos. *el transterrado*. Madrid, Asociación Cultural de Amistad Hispano-Mexicana, 2000, p. 9.

<sup>14</sup> Cf. José Luis Abellán, *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*. Madrid, Espasa Calpe, 2000, 378 págs., que incluyen valiosos apéndices documentales. Para una reivindicación crítica y rigurosa de los exilios cf. su *El exilio filosófico en América; Los transterrados de 1939*. Madrid, FCE, 1998, 461 págs., precedido por *De la guerra civil al exilio republicano (1936-1977)*. Madrid, Mezquita, 1983, 226 págs. y complementado por el estudio colectivo coordinado por Emilio Palacios Fernández: *Memoria del exilio vasco*.

te que lo recibe. De la creatividad del recipiente dependerá la de la herencia misma puesta en circulación, en la medida en que, al adoptar la condición de beneficiario, pasa a formar parte activa del proyecto colectivo implicado en ella<sup>15</sup>.

Imposible no retornar a la experiencia del exilio. Es generalmente reconocido que el transterrado aportó a México y a América Latina. Sin menoscabo de lo cual, se hace menester reconocer también que México, y por su mediación América Latina, aportaron a Gaos. De no producirse el desgraciado exilio no habría habido ocasión de desarrollar esa obra y ese magisterio fecundantes. Venturosa desgracia que modificó la vida de un hombre para hacerlo parte del acervo cultural de un mundo nuevo. “Empatriado” entre nosotros, porque nunca aceptó el destierro, el ex patriado ganó un destino y con el suyo ayudó a consolidar indicios de sendas seguras para el nuestro. Y es que la relación con la tierra de origen tiene lo suyo. Revolverse contra el destierro dio a luz terminologías como la gaosiana de transterrado o empatriado o la propuesta en el puerto de Buenos Aires en 1947 por Juan Ramón Jiménez de “conterrado”, según recordó oportunamente también José Luis Abellán<sup>16</sup>.

Tareas múltiples las que tenemos por delante y, como escribía en otra ocasión y quiero recordar aquí, ¿Tareas de exiliados?. Quizá... En todo caso, tareas que abarcando a esta América –que llega en ciertos sentidos hasta los Pirineos– ya se la plantearon aquellos maestros españoles que dejaron profunda huella entre nosotros con su magisterio. Eran aquellos que gustaban denominarse a sí mismos transterrados. Para nosotros, no ciudadanos del mundo, pero sí latinoamericanos obligados como decía Brecht a cambiar más de país que de zapatos, no se trata de destierro, ni siquiera de transtierro. Más bien somos y no podemos ser más ni menos que *coterráneos*. Una coterraneidad ni telúrica ni espiritual surgida de una unidad muy concreta: la unidad cultural. No de la cultura hecha, sino de la por hacer rehaciendo lo hecho, confeccionando una patria que, como dijeran Gaos y Marechal, no es una madre sino una hija por hacer en su pasado, presente y, sobre todo, desde éste, en su futuro. Una unidad no del reino de la muerte, la dependencia y la dominación sino de la solidaridad en el proyecto común.

---

*Cultura, pensamiento y literatura de los escritores transterrados en 1939*. Madrid, Biblioteca Nueva, 195 págs.

<sup>15</sup> Aclara el Diccionario de la Academia, “(Del lat. *recipiendus*, que debe ser recibido). Persona que es recibida solemnemente en una coporación para formar parte de ella”.

<sup>16</sup> Cf. su conferencia “José Gaos (1900-1969). ¿Cómo se adapta un filósofo a la sociedad mexicana?”. Madrid, Cuadernos de la Fundación Españoles en el Mundo, el 22 de abril de 1993, 24 págs.

¿Utopía?... Seguro. Lo malo no es tener buenos sueños. Lo malo es no trabajar sistemática, metódica y rigurosamente para realizarlos y evitar que se conviertan en pesadillas<sup>17</sup>.

En estas empresas no podrán menos que guiarnos las emblemáticas palabras que escribiera *En torno a la filosofía mexicana* nuestro José Gaos al pro-mediarse el siglo:

Ni este presente puede cobrar y lograr la debida conciencia plena de sí mismo sino *en y por* su Historia de la Historia anterior<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> “El pensamiento y la cultura en Nuestra América. Tareas filosóficas pendientes para coterráneos” en: *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos*. México, UNAM, 1981, p. 567.

<sup>18</sup> Cito de la reedición en México, Alianza, 1980, 190 págs.  
*Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 218  
2001, 18: 207-218